



EL GENIO ESPAÑOL O LAS VIRTUDES DE LA ADVERSIDAD

Toynbee creía que las grandes civilizaciones nacen a partir de un desafío que hay

que vencer. Habría una dialéctica de lo que él llama «incitación y respuesta». Un grupo de hombres vive una situación difícil, pero que ofrece una cierta seguridad: prefieren abandonar esa seguridad y lanzarse en busca de algo mejor. El éxodo de los judíos sería un ejemplo; la necesidad de comunicarse por mar y de unirse entre sí de las múltiples islas del Egeo formarían, en otro ejemplo, la civilización griega. Se ganarían, en palabras también de Toynbee, las «virtudes de la adversidad». No es difícil transportar esta idea general de las civilizaciones a la mera aventura individual, a la peripetia de cada hombre. Algunos grandes atletas han salido de la lucha contra una parálisis infantil (la corredora olímpica Wilma Roberts), algunos grandes escritores han comenzado a leer y a imaginar como consecuencia de una enfermedad que les ha clavado durante años en la cama; algunos músicos han salido de una inicial dureza de oído.

Y así los grandes genios, los grandes talentos españoles, habrían brotado de este enfrentamiento con un medio hostil y despectivo, con la incompreensión de sus coetáneos y la desconfianza de las personas de sentido común.

Esta tesis de la incitación y el desafío no lo explica, naturalmente, todo; ni es enteramente deseable que sea así. Algunas cosas se ven con cierta claridad: la claridad engañosa de la superficie. No cuesta ningún trabajo imaginar que los grandes conquistadores extremeños surgieron de las condiciones desgraciadas de la vida en Extremadura en el siglo XVI, y que para ellos la barrera de los Andes o las flechas de los indios eran una incitación favorable a la que dar una respuesta concreta, y con alguna esperanza, cosa que no sucedía cuando el único desafío externo era el cuidado de las pías de cerdos en los barrizales. Pero hay un conjunto de hechos y situaciones que actúan sobre esa mera simpleza de partida (y Toynbee, desde luego, estudia todo ello profundamente en los 12 enormes volúmenes de su «Estudio de la Historia»). No basta con ese sentido heroico de la vida, con ese arrebatado cívico o militar frente a la adversidad. Puede pensarse que el talento o el genio se pueden producir más fácilmente cuando son estimulados por el medio que cuando son desafiados por él.

Es la teoría adversa. Una teoría también muy demostrable: una gran demografía

trabajando dentro de una unanimidad de objetivos, pero con la soltura y la independencia de cada uno de sus grupos o miembros como para que se produzca una dialéctica competitiva, pero no frustrante, apoyada en una cultura de base amplia y en una igualdad de oportunidades que permita que ningún talento se pierda. Es, por lo menos, una tesis menos cruel y más cívica que la del heroísmo. Recordemos la famosa frase de Orson Welles en «El tercer hombre», oponiendo la gran cultura del Renacimiento creada entre dagas y mazmorras, venenos y conjuras, a la de Suiza, que en tantos siglos de paz sólo ha producido el reloj de cuco. La realidad es que Suiza, aparte de una colección de relojes, ha producido una sociedad estable, una riqueza importante, una igualdad de oportunidades, una ciencia de la exactitud y algunas cosas más: entre ellas, la noción de la neutralidad y la mediación en conflictos, y la capacidad para que comunidades con distintos idiomas, culturas y costumbres puedan convivir entre sí. No es nada desdeñable.

El misterio español se ilumina levemente con algunas de estas teorías. No deja de ser inexplicable, sin embargo. Un país donde

EL GENIO ESPAÑOL O LAS VIRTUDES DE LA ADVERSIDAD

hay alguna orquesta que no puede pasar del periodo de formación porque no encuentra músicos de cuerda ha producido a Pablo Casals. Una sociedad realista y conservadora que pedía a sus pintores paisajes y retratos ha dado a Picasso (y a Juan Gris, María Blanchard, Miró, Dalí...). Un país donde la ópera se extinguió hace años —la antorcha del Liceo de Barcelona está a punto de apagarse— ha dado a la ópera mundial las mejores figuras no de este momento (Montserrat Caballé, Plácido Domingo, Carreras, Victoria de los Angeles...), sino del pasado reciente. Una sociedad sin investigación posible, sin laboratorios y sin medios, produjo un genio de los rayos cósmicos como el profesor Dupierier; un sabio —en el pasado reciente— como Cajal. Se puede hacer una lista muy larga, que va de la antigüedad a la contemporaneidad.

La tesis heroica del desafío está en el principio de muchas de estas biografías. Goya, naciendo en Fuendetodos; Cajal, en Petilla de Aragón; Dupierier, en Pedro Bernardo, son personas que desde la infancia se encuentran en un medio difícil: con un estímulo negativo, y una primera enseñanza más bien heroica por parte de los primeros maestros que eficaz en la formación. Es uno de los rasgos generales. El otro es la necesidad de irse al extranjero —a veces forzada por el exilio, por las represiones; generalmente, por la falta de ayuda de la comunidad— para poder desarrollar un cierto talento. Es interesante observar que muchas veces la respuesta a este desafío no la hacen solo los hombres predestinados o especialmente heroicos, sino también los hombres medios. En el exilio español de 1939 se vio una rápida adaptación del español al medio nuevo y una capacidad de trabajo superior a ese medio. Y en el exilio económico de obreros españoles hacia Europa se vio rápidamente cómo el trabajador español era por lo menos tan hábil y perfecto como el nativo (los sindicatos franceses, en un momento dado, tuvieron que exigir de los españoles que trabajasen menos para que no sobrepasasen las normas de producción difícilmente conseguidas para evitar el paro y la depreciación de los salarios). Todo esto desmiente ciertas teorías racistas acerca de la capacidad de trabajo, estudio e inteligencia del español, la leyenda de la pereza y algunas otras. Ensalzan, en cambio, la de la sociedad conservadora como rémora: una sociedad que desde hace siglos considera el trabajo como inferior, la ciencia como propia de judíos, el pensamiento como riesgo de herejía y una cierta esclavitud —de los salarios de subsistencia—, como norma.

Tan absurdo es hablar del «genio español» como algo sobrehumano, que no se da en ningún otro lugar del mundo, como reducirnos a un estado de imbecilidad perpetua y de regodeo en la pereza. Lo cierto es que, por los orígenes lejanos de nuestra historia y por la perturbación continua de esos orígenes —de casta, de esquema mental— en las clases de poder, España se encuentra con una base social desestimulada en materias de saber y de trabajar, y con unas individuales que salen como flechas disparadas por el arco tenso de esa sociedad y que desgraciadamente tienen que irse fuera para dar donde puedan los frutos de una capacidad que aquí no es estimada; y que es combatida de tal manera que la burla del coro de necios puede llegar a encender las hogueras de la Inquisición o cargar los fusiles del pelotón de ejecuciones.

La constancia del héroe solitario, es sin duda, admirable. Pero nos puede cegar para otra contemplación mucho más dolorosa: la de los sacrificados. La de aquellos con un talento positivo, para las grandes hazañas del pensamiento o para el simple desarrollo de un trabajo perfecto, que se pierden en esta naturaleza social que les es hostil. Sabemos del Picasso cuyo genio estaba unido a una capacidad de aventura, y que en otros rasgos biográficos y de su pequeño mundo en torno tuvo la posibilidad de ser el mismo; pero no sabemos nada de los cientos o miles de Picassos que se han perdido, que han sido aplastados, burlados, amargados, tomados como locos, confundidos con engañadores de la picaresca, quemados, perseguidos, insultados, abandonados, confinados. Como —siguiendo a Toynbee— sabemos de la civilización griega que venció el medio adverso del mar Egeo y de las islas, pero apenas sabemos o comentamos nada de otras civilizaciones incipientes que fueron asesinadas al nacer, o a las que les faltó el pequeño factor determinante para cuajar.

La admiración por el genio solitario, al que después de su vida o al final de ella se pone como ejemplo, no necesita empañarse por la seguridad de que este sistema no es ni deseable ni satisfactorio; que no disminuirá la producción de talentos, sino que puede aumentar, el día que la sociedad española se apoye en otras bases: en las de una colectividad y un apoyo mutuo, en la de los cerebros abiertos a todo lo posible; la de no negar como principio, sino aceptar la posibilidad de nuestras ideaciones. Ha habido algunos momentos en la historia española en que esa modernidad colectiva ha parecido posible: solo momentos, rápidamente aplastados. No va a ser fácil cambiar esa corriente. ■ E. H. T.

E

SPANÑA como invento, frente a los inventores españoles. Ya tenemos ahí las dos Españas. Son tantas, o tienen tantas maneras de ser, que ésta no es sino una más, pero liga, a su vez, con inventos anteriores de esta revista: la chapuza nacional o la nación como chapuza. España como invento es la de Menéndez Pelayo, Donoso Cortés, Vázquez de Mella, Lope y Calderón. O sea, España como modo fatal de ser, como mujer fatal, lo que unas veces permite «ser español como una de las maneras serias de ser hombre», y otras darle la vuelta al espejo, cuando conviene, y culpar a los españoles de inmadurez, salvajismo, camismo, derrotismo y taurinismo, para que el último en salir apague la bombilla y los primeros en llegar sigan en Puerto Banús, Puerto Príncipe o el puerto de mis descos, diciendo que no tenemos arreglo y echándole más ron a la cocacola o más cocacola al ron, según.

El invento de ser español

Que inventen ellas.
Unamuno

España como invento, o sea, la inmanencia, es la manera que tiene el integrismo, el conservatismo, el eternismo, el ninalismo nacional, de leer las realizaciones de los españoles en el mundo, «desde los tiempos más remotos hasta nuestros días», como decía mi enciclopedia infantil.

Así, la pelliza de Viriato figura en



Francisco Quevedo